

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 423

Madrid, 1 de Marzo de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

TEMAS DE CUARESMA



¿FE O SUPERSTICIÓN?

CUANDO la religión cristiana es poco o mal conocida, la fe que en ella tiene su único fundamento y que de ella toma su alimento único o principal, se debilita, se deforma y pierde su virtud hasta degenerar en superstición. Es, después de todo, el fenómeno natural que se produce en todo organismo poco o mal alimentado. En un jardín sin riego no crecerán nunca bellas flores, por muy hábil que sea el jardinero que de él cuide. El cuerpo humano, mejor que ningún otro, nos da elocuentes ejemplos de degeneración o impotencia cuando la nutrición es pobre o mala.

Un alma erróneamente adoc-trinada tiene que ser forzosamente supersticiosa. La fe sólo puede existir en un espíritu rectamente iluminado, iluminado por la tranquila y blanca luz de la verdad. Los grandes creyentes, S. Pablo, S. Agustín, Lutero, etc., han sido grandes conocedores de la verdad espiritual. Sólo cree bien el que sabe lo que cree. En cambio, las almas ignorantes, desconocedoras de la verdad, han sido y serán siempre supersticiosas. Las grandes tonterías salen de los grandes ignorantes. La obscuridad no puede mostrar el perfil, ni el color, ni el valor de las cosas, y no es de extrañar que durante largo rato temblara un gitano al tronco de un árbol, al que las densas tinieblas de aquella noche tempestuosa daban perfiles de asesino; después rió tanto como había temblado. Los disci-

pulos creyeron que Jesús era un fantasma cuando cierta noche se acercó a ellos caminando, sin hundirse, sobre las aguas.

¡Cuán diferentes son las visiones de un alma claramente iluminada y las de otra

¡Cuántos dejan el brillante por ser pequeño y escogen la falsa perla por ser de mayor tamaño!

La Fe produce la verdadera vida cristiana, y en esto más que en nada muestra

su gran virtud y la produce con la misma naturalidad con que un buen árbol da buen fruto. El creyente adora a Dios en espíritu y en verdad como Él desea; sirve al Señor Jesucristo con gozo y fidelidad, habiéndolo aceptado como Rey y Señor de su alma; sirve a su Iglesia con el celo y dignidad que ella merece por ser el cuerpo de Cristo; vive apartado de toda clase de pecado, por ser el pecado lo más contrario a la santidad que rige en el Reino de Dios y vive

consagrado al bien y a la perfección en todas sus formas.

La Superstición pretende crear una vida espiritual, pero totalmente nominal, con mucha externidad, mucho efectismo y realidad ninguna. El árbol de muchas hojas y ningún fruto; mucho cuerpo y nada de espíritu; gran masa de carne adornada, sin alma. El supersticioso poco o nada sabe experimentalmente de Dios, nada del sacrificio expiatorio de Jesús, nada del Evangelio, nada del más allá, nada del juicio venidero. Ignora las grandes verdades del Evangelio divino; pero se somete a ciertas prácticas que pretenden ser este divino Evangelio. Ir de vez en cuando a misa, confesarse alguna que otra vez, llevar una medalla milagrosa colga-



LAS TIERRAS BÍBLICAS EN NUESTROS DÍAS
Damasco: Una tintorería árabe.

(Fot. Boyer.)

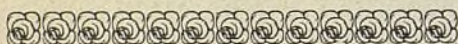
envuelta en siniestras sombras! La primera tiene el poder de penetrar en la intimidad de las cosas, rasga la superficie, lo aparente o accidental y descubre lo real, la esencia y sabe distinguir bien lo que es tronco y lo que es asesino. Jesús pudo dormir dulcemente en la misma barca en la que sus discípulos temblaban espantados por la tempestad. El apóstol San Pablo pudo, con su compañero Silas, cantar himnos cuando un terremoto conmovió los cimientos de su prisión en Filipo. El famoso mártir Juan Huss supo sonreír celestialmente cuando las llamas de la hoguera lamían su cuerpo. Pero el corazón que vive en la obscuridad no pasa de las apariencias y todo lo confunde, de todo se asusta y en mucho se equivoca.

da al cuello, tener una herradura tras la puerta para espantar al diablo, hacer ciertos signos y señales, mojarse con cierta agua, etc., etc., y todo no tanto por amor a Dios o por gratitud a sus múltiples beneficios, como por librarse de las fantásticas calderas infernales.

Las grandes proezas en el mundo espiritual han sido obras de la Fe. Abraham, Moisés, Elías, David, Daniel, y luego en la Era cristiana, cuantos aceptaron heroicamente el martirio antes que la apostasía, ganaron reinos, obraron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de cuchillo, convalecieron de enfermedades, fueron hechos fuertes en batallas, trastornaron campos de extraños y realizaron toda clase de prodigios y maravillas. Ninguna proeza leemos de los supersticiosos y ¿cómo, si ellos son valientes de boca, fieles de labios, héroes fingidos, mártires de banquetes, que en la hora de la prueba o del combate tiemblan, lloriquean, se lamentan, si no huyen para esconderse en donde ojo alguno los vea? Poco bueno puede esperar este infeliz mundo de los supersticiosos.

La verdadera Fe se alcanza y cultiva, y la Superstición se corrige o cura por el estudio constante de la Palabra de Dios. Es el Sagrado Libro que Dios nos ha dado, el único medio para conocer bien las grandes verdades del Reino espiritual, y en el que cada alma tiene «una lámpara a sus pies y una lumbrera a su camino».

L. H. PONZOA



SONETO

*

*Feliz, Lucilio tú, que retirado
del bullicio del mundo y su malicia,
en la ruda labor hallas delicia
y vives sin envidia ni cuidado.*

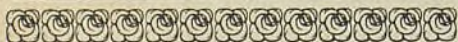
*Dichoso tú que en tan tranquilo estado
no sientes en tu pecho la codicia;
y la tierra que labras beneficia
con creces el esfuerzo antes gastado.*

*No las riquezas ni elevados puestos
dan, Lucilio, descanso y paz al alma,
si se vive en ambiente de perfidia.*

*Los bienes de esta vida pasan prestos;
y tan sólo el mortal disfruta en calma,
cuando libre se mueve y sin envidia.*

J. CHICHARRO DE LEÓN

(Por analogía del *Beatus ille*, etc., de Horacio.)



A TRAVÉS DE LA PRENSA

Cristianismo y Comunismo.

SE ha dicho que el hombre es un animal político. Sin duda. El hombre quiere organizarse, aportar su elemento, contribuir. Quiere, antes de volver a fundirse en el polvo anónimo de donde saliera, que se le tenga en cuenta. Esta es su pirueta. Se ha encaramado un instante sobre la masa y ha dicho: «¡Aquí estoy yo!» En seguida ha sido reabsorbido por ella; pero en el aire ha quedado una promesa, una amenaza, una profecía; es decir, en el aire ha quedado la idea vibrátil; pero la semilla de la idea se ha enterrado en el corazón de la masa, donde ha de fructificar y multiplicarse hasta hacerse dueña del mundo. La sociología y la biología pueden explicar clara y perfectamente este proceso. Nosotros vamos a los resultados, a la actitud propicia u hostil de las masas al recibir las ideas en su seno anónimo.

Estas reflexiones vienen a cuento de la perturbación, no grave por el momento, que amenaza a los comunistas de Francia por los esfuerzos de Henri Barbusse. Henri Barbusse quiere reconciliar sus teorías con las enseñanzas de Jesucristo. Esto ha hecho que en Francia, un pueblo tan vivo, tan lleno de fina sensibilidad, Barbusse haya sido llamado el nuevo místico. ¿En son de alabanza o en son de ironía?

Pero la semilla no cayó toda en tierras estériles. Alguna ha fructificado, y al nacer ha nacido con ella una perturbación en el seno comunista. Los juglares de las ideas quieren unir la nueva teoría económica a la fe de sus padres, mientras otros miran con horror la mención de toda idea procedente de religiones reveladas.

La doctrina de Barbusse es simple. Según él, Jesús era un espíritu revolucionario que murió por ideas avanzadas, ideas que tienen un marcado sabor comunista. El autor de *Le Feu* siente en su corazón que el comunismo deriva tal vez en parte del Cristianismo y puede, al mismo tiempo, aplicar esta religión en provecho de las clases trabajadoras, entre las cuales está firmemente arraigado.

Hay muchos a los que, como Barbusse, repugna el materialismo de la doctrina de Marx. Hombres que aman profundamente la justicia (los mejores revolucionarios se reclutan entre ellos); pero la aman románticamente. Poetas, soñadores, filósofos, para los que el automatismo ciego de la justicia es un suplicio. Estos hombres ven la sociedad del porvenir, la sociedad donde la justicia social ha triunfado ya, no como un hormiguero universal y armonioso, que es la meta del espíritu cristiano, sino como ejércitos de hombres salvajemente libertados de toda presión, de toda injusticia, de toda caridad... Porque todo no consiste en que el hombre halle la manera de vivir, sino

también el motivo de vivir. ¡Modificad su espíritu si podéis; pero no le desposeáis del espíritu!

Enfrente surge la oposición; estamos en las gloriosas tierras de Francia. Los modernos socialistas, como Pierre Neville, se oponen a aliar las teorías materialistas de Marx con «ninguna filosofía burguesa».

La principal objeción que puede hacerse desde el punto de vista lógico yace en el hecho de que la creencia cristiana es demasiado abstracta para ayudar a la causa de un comunismo colectivo y positivista.

Esta controversia no es nueva. Sigue el mismo curso de ideas que persiguió en los días de su juventud Carlos Marx, el cual, junto con Engels, gastó muchas horas fútiles tratando de reconciliar su lógica con la de la Iglesia. Por último, proclamó la conclusión de que su teoría se mantendría en pie sola, sin que ninguna religión le prestase muletas. Y siempre, a partir de entonces, han campeado discusiones a intervalos irregulares. Cuando Dolléans intentó sostener las tesis de que el socialismo tenía sus orígenes en el Cristianismo, Sorel lo refutó en su obra *Matériaux pour une théorie du prolétariat*. Lenin también era opuesto a ver al Cristianismo y al socialismo ir de la mano hacia la sociedad futura. Él sentía el peligro de enlazar una religión mística a una doctrina revolucionaria, que exigía el empleo de la fuerza y de la acción. Del mismo modo la Segunda Internacional avisaba contra cualquier propósito de unir un objetivo económico con una creencia religiosa.

Mas los nuevos predicadores hallan que las nuevas doctrinas pueden aunarse, y deben aunarse. Ambas son universales, borran las fronteras y no distinguen de latitudes ni de razas. Ambas tratan de elevar al hombre, de ahorrarle dolor. Pero ya se oye decir: Señor Barbusse, sea usted práctico, ¿para qué sirve predicar la utopía?

Y el brillante escritor francés, que aprendió el amor a todos los hombres en las fangosas trincheras donde su patriotismo le había enterrado, parece responder con sus ojos cansados: ¡La utopía! ¡La utopía no existe! La utopía fué predicada una vez a doce hombres y ha llegado a ser la más grande realidad que el mundo jamás conoció.

JOSÉ RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

(De *El Liberal*, de Madrid.)

La mayor parte de la Humanidad emplea sus primeros años en hacer desgraciados los últimos de su vida.

El sermón del monte es la biografía de Cristo. Cada sílaba escrita es algo de su propia vida. — N. Brunett.

No es tormento la muerte, sino fin de tormentos. — Salustio.

DE LONDRES

Elim (Suiza). — El Parque Zoológico. — Simpatía por España. — Hacia Liverpool.

Elim (Suiza). — Queremos hablar a los queridos lectores de España sobre el placer de conocimiento que hemos hecho en Londres con dos señoritas misioneras en Suiza, accidentalmente en esta ciudad, Mlles. L. de Rutté y Th. Hennenjat. La primera de ellas nació en España, donde trabajó unos dos meses con nuestro querido pastor de Alicante, D. Francisco Albricias, y también recuerda, con mucho cariño, a los señores Fliedner. Ha sido para nosotros muy grato vernos acompañados por estas damas cristianas en la visita a los monumentos de Londres. Hemos hablado, en francés, sobre nuestra España, sobre la obra del Sr. Albricias, de quien, oportunamente, tenía una carta muy interesante, que han escuchado ya varios centenares de personas. Yo he sentido una viva alegría al hablar de este veterano siervo de Dios, gloria del protestantismo en España. Estas señoras suizas dirigen una obra de fe, «Elim», establecida en Eysins près Nyon, Ct. de Vaud (Suiza), muy cerca de Ginebra. Su simpatía por España no la han perdido, aunque han olvidado nuestra hermosa lengua; hace más de veinte años que Mlle. Rutté estuvo en nuestra querida Patria. Con mucho interés me ruegan las suscriba a ESPAÑA EVANGÉLICA, para quien me entregan 25 francos suizos, que agradecemos profundamente. Su simpatía no la olvidaremos jamás, y desde aquí les expresamos nuestro agradecimiento, el más sincero.

El Parque Zoológico. — Toda una mañana hemos dedicado a la visita de la más grande y rica ciudad cosmopolita de animales. Mis compañeras ocupan unos bien cómodos cochecitos, que unos hombres conducen, lo que nos hace reír, porque yo llamo a nuestra comitiva la «procesión real». Así nos dirigimos, a través de bellísimos jardines, hacia los diferentes pueblos habitados por pájaros, donde vemos los más bellos ejemplares de todos los países: aves, entre las que hay el más raro caso del mundo: *un cuervo blanco*. Para los habitantes de las regiones desiertas se han construido gigantescas montañas, donde tienen su guarida las fieras, en completo estado salvaje; así vemos la montaña habitada por monos, donde viven más de 50 familias, con un detalle interesante: cada mono tiene una sola mujer, a excepción del rey, que tiene dos. Es regocijante ver estas familias simias sentadas cada una a la puerta de su casa; la madre siempre lleva a su hijo fuertemente cogido al vientre, a pesar de lo cual se mueve, salta, trepa, con una agilidad extraordinaria. La postura del

rey, en medio de sus dos mujeres, a la puerta del palacio real, es como para estar riendo un rato largo, cosa que parece no agradar mucho a estos seres, de quien, con perdón de Heckel, yo no me resigno a traer mi procedencia. Para el más bello ejemplar de orangutanes, recientemente adquirido, se ha edificado una casa a todo confort; realmente nos ha impresionado la figura del gigantesco padre de esta familia; es un hombre respetable, con su barba luenga y rubia, bien poblada; sus manos son como las nuestras, y su cuerpo, el de un fornido atleta. Nos mira con una expresión indescriptible; parece entender lo que le dicen, y algunas veces hace gestos cual si quisiera decir que aún no sabe bien el inglés. Está triste por su libertad perdida; pero nos saluda cortésmente a la despedida. Verdaderamente es admirable.

Por caminos bien parapetados de fuertes rejas, o con profundas zanjias a uno y otro lado, subimos a las abruptas montañas que habitan enormes osos, renos, cabras, ciervos de belleza extraordinaria. El aquarium produce la sensación de estar en el fondo del mar: obscuridad sobre el fondo negro de las naves que, a todo lo largo de sus lados, formando curvas, presentan las vitrinas con iluminación interior para el examen de la infinidad de peces de todas clases y especies. Es muy original esta presentación. En el museo de serpientes, se siente el escalofrío de verse rodeado de estos horribles animales, donde se ven, desde el más pequeño reptil, que se confunde con el tallo de una planta, cuya cabeza dañina semeja el entreabierto cáliz de una flor, hasta la enorme serpiente boa, de un grueso como el cuerpo de un hombre, y de una longitud de muchos metros, que, enroscada, es una espiral tapizada de rico damasco estampado, de unos dos metros de diámetro. En las jaulas de fieras hemos visto un león y un tigre conviviendo juntos, en paz y franca amistad; y en los lagos, en medio del parque, unos leones de mar, que son admirables. Y ya tarde, invitados por Mrs. Studd, tomamos la comida en elegante restaurante, regresando a casa muy contentos de haber visto este hermoso jardín zoológico, sin duda el mejor del mundo.

Simpatía por España. — Desde que pusimos pie en tierra de Inglaterra, hemos observado, con satisfacción, que basta decir que uno es español, para observar en seguida una prueba de afecto y simpatía. No he podido averiguar aún quién me ha enviado en el tren, viniendo hacia Londres, el té al mismo departamento;

sólo supo decirme el criado que lo sirvió estas palabras en español: «simpatía por España»; suponemos que sería el jefe del tren, a quien se le había advertido en la frontera que viajaba un pastor español que no sabía inglés. Y si nos es dado una prueba concluyente, tal vez fuera ésta: en los diez días que llevamos en Inglaterra, aún no hemos gastado un shilling y no hemos carecido de nada. Se dice que los ingleses consideran a los demás como indígenas de raza inferior; yo sólo diré que aún no he podido comprobarlo; sólo observo sencillez, cortesía sincera, amabilidad.

La circulación. — Por las calles principales de Londres: Picadilly, Oxford, Trafalgar Square, etc., el tránsito de vehículos es realmente extraordinario; es una verdadera masa compacta que se mueve como con un resorte: el orden es admirable; la exactitud, matemática; la pericia de los conductores, única. Márchase siempre por la izquierda; dirigen la circulación guardias cuyo brazo y mano están cubiertos de guante blanco (no usan la antipática porra). Por las aceras se observa muy poca gente, y es que en Inglaterra todo el mundo trabaja y hay muy pocos paseantes por las calles. Los cafés, durante las horas de trabajo, están vacíos; es un detalle que nos ha llamado la atención con agrado. Nos enteramos también que actualmente la crisis de trabajo es enorme, pues hay millón y medio de obreros parados; es muy triste.

Hacia Liverpool. — Y acomodados otra vez en cómodo y elegante coche de estos trenes, más rápidos que el viento, en sólo cuatro horas nos disponemos a atravesar las interminables llanuras de Inglaterra, hacia Liverpool, la ciudad de los 11 kilómetros de diques en su puerto, el mayor del mundo. Cuando Mrs. Studd ha encargado nuestra vigilancia al simpático jefe de tren; cuando ya solos nos resignamos al silencio absoluto, a la puerta de nuestro departamento oímos: ¿Pasteur González? Era la hija de Mr. Radcliffe y su esposo, el Rdo. H. May, quienes, con amabilidad suma, nos invitan a detenernos unos días en su casa a nuestro regreso de Liverpool. Se lo prometemos; no es posible resistir, y en ello sentimos vivo agradecimiento. Las atenciones que estamos recibiendo en Inglaterra no las olvidaremos jamás, y amor con amor se paga.

J. GONZÁLEZ

Liverpool, 12 Febrero 1928.

Iglesia Evangélica Española de Nueva York

218 East, 19 Street. New-York.

Pastor:

Rdo. Manuel Figueroa.

Si va usted a Nueva York, escriba al pastor, que le atenderá solícito.

Sínodo de la Iglesia Metodista Episcopal, en Francia.

Los pastores de la Iglesia Metodista Episcopal de la Conferencia francesa se han reunido en Cannes, bajo la presidencia del obispo Edgar Blake.

La Conferencia celebró sus sesiones en las dos iglesias Metodistas de la maravillosa ciudad de Cannes, en la Costa Azul, lugar ideal por su cielo, por su mar y por las mimosas en flor que la embellecen de un modo extraordinario.

Asistieron a este Sínodo los pastores de las iglesias Metodistas Episcopales de Sevilla y de Alicante, Rdos. Patricio Gómez y Franklin Albricias. Estos dos hermanos tuvieron el privilegio de estar alojados en la magnífica morada de la fervorosa cristiana Mlle. Salles, situada a tres kilómetros de Cannes, desde la que se admira un panorama de sin igual belleza.

Durante cuatro días, del 9 al 12 de Febrero, se sucedieron las sesiones, casi sin interrupción, por mañana, tarde y noche. Se leyeron las Memorias presentadas por los pastores de las iglesias y por los directores de las Obras sociales: internados, casas de huérfanos, hotel para empleadas jóvenes y *pouponnière*.

La impresión general que se desprende de estas Memorias es que la Obra evangelizadora de la Iglesia Metodista sigue progresando notablemente, aumentando el número de sus miembros y echando hondas raíces en los lugares en que se ha establecido.

El Sr. Gómez expuso la situación crítica que atraviesa la escuela de Sevilla por estar instalada en locales deficientes, careciendo de medios para adquirir otros en mejores condiciones. La iglesia de Sevilla ha empezado a reunir fondos que le permitan un día proporcionarse locales dignos de ella. Para este fin tiene recogidas unas 1.000 pesetas.

El Sínodo acordó ayudar a la iglesia de Sevilla con una colecta que se hará el próximo Domingo de Ramos. De esta colecta y de la cooperación del obispo Blake se esperan reunir 5.000 francos.

El Sr. Albricias explicó al Sínodo las circunstancias desfavorables en que se desenvuelve la Misión Metodista de Alicante. La situación es tanto más grave porque en la actualidad no dispone de los medios económicos necesarios para el sostenimiento y desarrollo de las múltiples actividades que en ella se cobijan.

Al trabajo abrumador que en Alicante realizan los pastores Albricias, padre e hijo, se añade la preocupación que produce un déficit, que, unas veces disminuye con los donativos de buenos amigos del extranjero, particularmente de América del Sur, y muy especialmente de españoles que allí residen largo tiempo, y otras, aumenta de manera pavorosa.

A pesar de todas las contrariedades, los Sres. Albricias continúan impertérri-

tos su labor, con éxito lisonjero, esperando que Dios les facilitará su trabajo proporcionándoles los medios necesarios para mejorar y ampliar las actividades de su interesante Misión, fundada hace treinta y un años.

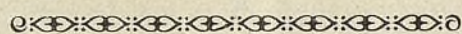
Los delegados tuvieron ocasión de oír una magnífica Conferencia, con proyecciones, dada por el superintendente de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera en el Norte de África, Mr. Cummin, que trató de la labor que en Egipto realiza la Sociedad Bíblica que él representa.

También pasaron una agradable velada asistiendo a una fiesta provenzal, organizada por la Juventud de las iglesias Metodistas, en la que se cantó admirablemente la ópera *Mireille*, del gran Mistral.

Una excursión realizada a los alrededores bellísimos de Cannes será un recuerdo gratisimo para los asambleístas.

El culto de Comunión, acto de clausura del Sínodo, permanecerá en la memoria de todos por las emocionantes palabras que en él pronunció el tan querido obispo Blake.

Que Dios bendiga los trabajos y los esfuerzos que con tanta abnegación realiza la Iglesia Metodista Episcopal.



Paz mediante las Iglesias

Importante reunión en Londres organizada por el Comité Británico de la Alianza por la Paz.

Hemos recibido una amplia reseña del mitin celebrado en la residencia del primer ministro de Inglaterra, conocida por todo el mundo con el sencillo nombre de «Downing Street, número 10», por invitación de la señora Stanley Baldwin.

Tomaron parte en la reunión, a la cual acudieron invitados de las esferas más influyentes del país, el arzobispo de Cantorbery, el conde de Balfour, la duquesa de Atholl y Sir Willoughby Dickinson, el secretario honorario de la Alianza por la Paz, a quien los españoles que han asistido a Congresos conocen y admiran por su discreción y entusiasmo por la causa.

Como pueden suponer nuestros lectores, no era una ocasión para decir palabras fuertes ni emitir ideas extremas. Con todo, los oradores se expresaron con perfecta claridad, y del discurso de Sir Willoughby queremos reproducir los siguientes francos y valientes párrafos:

«Quizá podéis suponer que estoy exagerando la importancia de esta obra (acababa de hablar de ciertas Conferencias celebradas en Riga y en Sofía); pero es preciso recordar la situación peculiar de estos países de la Europa Oriental. Nosotros, que vivimos en Inglaterra, difícilmente podemos entender su estado de

ánimo. Raramente llevamos nuestras antipatías nacionales a los límites del odio. Pero en la Europa del Suroeste, el odio racial es un factor que no debe perderse de vista. Pero no es sólo en los Estados balcánicos o en los Estados bálticos donde tenemos que afrontar el problema de cómo desarraigar las semillas de la guerra, porque ellas están plantadas en la naturaleza humana por todas partes. Los que desean abolir la guerra tienen una tarea difícilísima ante sí. No es nada menos que cambiar la naturaleza humana, y sólo hay un método por el cual esto puede hacerse: el ejercicio del poder divino.

«Alguna gente piensa que podemos librarnos de la guerra hablando de sus horrores; otros, describiendo su enorme costo, su inutilidad o su locura, o ensalzando el desarme, el arbitraje, etc. Pero no se adelantará nada hasta que hagamos a la Humanidad ver que la guerra es mala e incompatible con el Cristianismo. Millones de cristianos no ven esto. En realidad los paganos lo ven más claramente que nosotros. Cuando han visto a 10 millones de cristianos morir a manos de cristianos, en una disputa entre cristianos, no dudan de la superficialidad de nuestras convicciones cristianas. Misioneros en todas partes dan testimonio de esto. La guerra ha destruido mucho, Ejércitos y Armadas, haciendas e industrias; pero más que esto, ha casi destruido el Cristianismo como una potencia benéfica. A menos que las Iglesias puedan presentarse como defensoras de la paz, serán puestas de lado como traidoras a la enseñanza de su Señor. Los que están trabajando por la Alianza por la Paz, trabajan también a favor de la Iglesia. Por esto tenemos razón al pedirnos vuestra simpatía y vuestro apoyo práctico.»

Nuestros lectores comprenderán fácilmente la importancia de tales palabras en una reunión como la de que se trata.

Jesús de Nazareth.

Armonía de los Cuatro Evangelios por Alejandro Westphal, profesor honorario de la Universidad de Francia.

Traducción de la segunda edición del original francés por Franklin Albricias.

Los Cuatro Evangelios cuidadosamente fundidos en una sola narración, traducida en lenguaje moderno, acompañada de epígrafes marginales que trazan un esbozo de la vida de Jesús y de breves notas explicativas que arrojan luz sobre pasajes difíciles.

Un tomo de 304 páginas, encuadernado en tela flexible, 2,50 pesetas.

Pídase a
Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID
Teléfono 17.933.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA



CAPÍTULO XV

UNA CHOZA SABOYANA

Norberto De Caulaincourt cabalgó a toda prisa y atravesó el bosque picando espuelas a su caballo y animándolo con voces, sin saber casi lo que hacía. Semejábale a un embriagado con vino fuerte, el chispeante vino de la vida. Apenas probado, lo había retirado de sí resueltamente, y he aquí que se lo ofrecían de nuevo. Era un vino tinto que prestaba su color a la copa que lo contenía, oscilando y brillando cual millares de joyas. Rebosante el corazón de luz y alegría siguió avanzando por los sombreados senderos del bosque, más sombreados aún por la suave obscuridad de aquella tranquila noche de Mayo.

Súbitamente se aflojaron las riendas y el caballo, contento, aflojó también el paso, que fué haciéndose tardo y pesado. El cerebro juvenil de Norberto y sus nervios, sostenidos en la mayor tensión por espacio de cuatro días, en virtud de un esfuerzo de su voluntad, se rebelaron imperiosamente, negándose a continuar funcionando, y le inundó a modo de ola un terrible cansancio, teniendo que dormir o morir en caso contrario.

El sitio era obscuro, tranquilo, y tan solitario como la tumba. ¿Qué podía temer? Apeóse, ató el caballo a un árbol, se tendió sobre el césped y cinco minutos después dormía profundamente. Aquel sueño fué de esos que ponen una sólida barrera entre el antes y el después, y de los cuales despertamos renovados en cierto modo, sin sentir ya los cuidados y afanes del ayer, y bañados de nuevo en la fuente de la vida el corazón y el cerebro. ¿No es una débil representación de lo que el sueño de la muerte hará en lo que en nosotros es mortal y en su cansancio ansia descansar, mientras el espíritu inmortal sigue estando en viva comunión con su Hacedor y Redentor, de un modo misterioso?

Había salido ya el sol cuando Norberto despertó, bostezando y desperezándose, y miró en torno suyo. Le dolían los huesos, porque la madre tierra no ofrece a sus hijos el más blando lecho; pero aquella molestia era muy pequeña. A

través del tierno follaje veía el azul del cielo, y en una rama cantaba un pajarillo, único sonido que se oía, salvo el movimiento de su caballo, muy próximo a él, que hacía su comida matinal con suma tranquilidad y evidente satisfacción. Norberto sintió que no podía satisfacer tan fácilmente su propio apetito; pues aunque llevaba pendiente de su cinturón una escarcela, no tan bien provista como Berthelie intentaba, pero con unos cuantos escudos, con los cuales podía procurarse alimentos si hallaba donde comprarlos, ¿cómo podía presentarse en parte alguna con aquel disfraz? Sentándose se miró con disgusto, lanzando un suspiro de perplejidad que terminó en una franca carcajada.

Pero cesó la risa y continuó la perplejidad. ¿Cómo iba una señorita, y una señorita muy hermosa, se dijo para sí Norberto, a continuar su camino sin dueñas ni escolta por el solitario e indefenso distrito de Saboya que se extendía entre el lugar donde se hallaba y el territorio ginebrino? Si al menos el joven Conde de Lormayeur, que Dios guardase, hubiera añadido a sus bondades el regalo de un traje masculino... y quizá lo habría hecho si Norberto lo hubiese indicado; pero se hallaba demasiado atolondrado en aquellos momentos para pensar en ello.

No le quedaba, por lo tanto, más recurso que montar en su palafrén tal como estaba y encaminarse directamente a Ginebra. Tenía idea de la dirección que debía tomar, pero no conocía el camino y era preciso salir del bosque lo antes posible. Al fin halló la senda por donde había pasado la noche anterior y creyó que era lo más conveniente retroceder por ella.

En tiempos sucesivos jamás hablaba Norberto de las aventuras o desventuras de aquel día interminable y penoso, lleno de incertidumbre; y, si en alguna ocasión le obligaban a decir algo, resumía sus experiencias en frases semejantes a estas: «Me perdí en el camino veinte veces lo menos. Siendo una doncella indefensa no me atrevía a acercarme a los poblados, temeroso de que la gente me molestara o me secuestraran para exigir después un rescate. En un camino encontré a un muchacho de mi estatura y le rogué que cambiáramos la ropa, pero él se negó; entonces le ofrecí pelear para ver quien ganaba su traje, aventurando además el mío, y echó a correr, gritando que yo era una bruja. Le perseguí y pude cogerlo, diciéndole que no tenía nada de bruja, y que era un muchacho honrado que había estado de broma y quería volver a mi

casa; pero llegó a tomarme por el diablo, y escapándose de mis manos volvió a correr cual si le fuera en ello la vida. Finalmente, y para colmo de desdichas, el caballo perdió una herradura.»

Cuando ocurrió a Norberto esta última desventura, empezaba a obscurecer, y sospechando que había vuelto a extraviarse, creyó que lo más prudente era quedarse allí hasta que llegara la mañana; pero como se hallaba en campo raso y en un lugar habitado, y podría pasar alguien, consideró que no era sitio conveniente; y lamentando por vigésima vez su enojoso disfraz, empezó a buscar una choza donde refugiarse.

Al fin, en la tibia penumbra del crepúsculo, logró divisar una humildísima choza en la que debía vivir algún jornalero. «El infeliz se alegrará de darme cena y albergue por uno de estos escudos — pensó —; pero es preciso que sepa que no tengo más que uno, pues de lo contrario tal vez me asesinará para robarme.»

Se apeó, ató su montura a un árbol situado a corta distancia, y dirigiéndose a la tosca puerta de madera llamó.

Nadie respondía; pero al repetir los golpes, una voz tenue le invitó desde el interior a que levantase el picaporte y entrara. No se lo hizo repetir y entró sin ver a nadie. Y cuando sus pupilas fueron acostumbrándose a la obscuridad, descubrió en el rincón más lejano y opuesto a la puerta un lecho, y sobre él un hombre enfermo acostado. Fijándose más en él, vió que tenía el cabello blanco y vendados un brazo y el hombro.

Mientras vacilaba, sin saber qué haría, oyó una voz que le era familiar, que salía del lecho, murmurando:

— Mi mente se extravía; sí, lo reconozco; pero no me importa, ya que me trae en sueños a Gabriela.

Norberto, en el colmo del asombro, se acercó al lecho, inclinándose para ver mejor al enfermo, y lanzó un grito, exclamando:

— ¡Maese Berthelie!

— Esa voz no es la de Gabriela; pero no me extraña, porque en los sueños y en la imaginación de los enfermos las ideas se mezclan y cambian, pasando de una a otra. Ese traje es el de Gabriela, el mismo que yo le compré para el viaje, adornado con pieles caras.

— Esa es la verdad, señor Berthelie, y...

— Sí, sí; el traje es de Gabriela, pero la voz es de Norberto De Caulaincourt.

Norberto sabía que Berthelie había salido de los límites de Ginebra, y casi tenía la seguridad de que había ido a buscar dinero para Gabriela. Era, pues, muy lógico que, al regresar por aquel lugar tan desmoralizado, le hubieran herido y robado. Lo único que no comprendía era que hubiese hecho el regreso por territorio saboyano y no por tierras de Berna. Uno de ellos, o quizá los dos, debían hallarse muy lejos del camino que

habían de seguir, pues de otro modo no se habrían encontrado.

— No temáis nada, señor Berthelie — dijo Norberto; ni soñáis ni deliráis: estáis, por el contrario, muy cuerdo, puesto que soy el propio Norberto De Caulaincourt.

— ¿Cómo? ¿Por qué? ¿A qué vienes aquí? ¿Y con ese traje?

— En primer lugar, dejadme decir que su dueña está sana y salva en su casa en Ginebra. Yo, por mi parte, he pasado un buen día cabalgando al lado del Conde de Lormayeur, que es, por cierto, un excelente compañero.

— No entiendo bien lo que dices. Tengo fiebre y deliro.

— Tocadme la mano y veréis que no es tersa como la de una mujer, sino dura como de muchacho que hace bastante ejercicio con ella. Y ved, aun hay luz suficiente para ello — añadió Norberto des- tocándose y poniéndose lo más cerca posible de la luz, delante de un agujero sin cristal que, abierto en la pared, hacia el oficio de ventana.

— ¡Norberto!

— Sí, Norberto con el traje de la señorita Gabriela. ¿Cómo salvarla de otro modo?

— Ella no debía haberlo consentido jamás.

— No le pedimos parecer; le adminis- tramos un narcótico.

— Hablas en plural, ¿quiénes fuisteis?

— Tres personas somos las únicas que estamos en el secreto. La señorita Claudina, Margarita y yo.

— ¿También Claudina? Es increíble.

— Logramos convencerla; pero la vale- rosa anciana Margarita fué la que planteó y dispuso el disfraz, y la suerte me favo- reció, porque vos estabais ausente, y mae- se Antonio Calvino debía desempeñar el papel de padre y hacer entrega de la jo- ven a los saboyanos. Es un hombre sen- cillo y bueno y lo hizo todo como lo hace en su oficio: con tal que la cubierta sea buena, no mira jamás lo que hay dentro. Tuve mucho cuidado de velarme el ros- tro como una doncella modesta y a pesa- rada es lógico que haga; y durante el ca- mino hasta Puerta Nueva, cuando me ha- blaba alguno de aquellos honrados bur- gueses, era tanto el pesar y el terror que me dominaban, que apenas podía respon- der con un murmullo, sin levantar la cabeza.

— ¡Magnífico! — exclamó Berthelie; y guardando silencio durante cierto tiem- po, añadió después: — Hijo mío, eres como aquel guerrero de la antigüedad que fué multado por desobediencia y coronado a la vez por una gloriosa victoria. Lo que tú has hecho es malo... muy malo; pero también es... es... — temblóle la voz y sólo en un murmullo apagado pudo aña- dir: — Dios te bendiga, Norberto De Cau- laincourt.

(El capítulo XVI se titula: «Ami Berthelie encuen- tra un amigo».)

Escuela Dominical

Jesús alimenta a la multitud.

11 de Marzo.

Mar., 6, 31-44.

TEXTO ÁUREO: *Yo soy el pan de vida; el que a Mi viene nunca tendrá hambre; y el que en Mi cree, no tendrá sed jamás.* — Juan, 6, 35.

En la parte Norte del mar de Galilea, muy cerca del sitio por donde el Jordán entra en dicho mar, había una pequeña aldea llamada Betsaida, recientemente embellecida por Felipe, tetrarca de Iturea, y llamada, en honor de la hija del emperador romano Augusto, Betsaida Julia. Al Sur de esta ciudad había una llanura rodeada de montañas, que era entonces y es ahora un lugar desierto. Hacia este sitio dirigieron los apóstoles su barco, buscando para su Maestro y para ellos algu- nas horas de tranquilidad y de reposo.

Pero la gente se apercibió del viaje, y rodeando a pie el lago se encaminaron al mismo lugar. El viento fué, sin duda, poco favorable a la embarcación, porque la gente llegó antes.

Cristo olvidó la necesidad que tenía de descanso y comenzó a enseñar a las gen- tes y a sanar enfermos. La multitud era para Él como una gran compañía de ove- jas sin pastor, sin dirección, sin protec- ción, sin nadie que se preocupara de ali- mentarla.

Llegó la tarde. Los discípulos empeza- ron a inquietarse. La gente no se iba y hallándose lejos de poblados no podía comprar alimentos. Jesús sabía lo que iba a hacer, pero quiso probar a sus discipu- los con aquella interesante conversación que precedió al milagro. Léanse los pa- sajes paralelos y se completará la histo- ria. Lo que dijo Felipe, lo que dijo An- drés, el encuentro del muchacho, todo ello es de un interés extraordinario.

Todos los detalles de la narración son ricos en enseñanzas. Jesús, haciendo re- costar a la gente por partidas de ciento en ciento y de cincuenta en cincuenta, nos enseña la utilidad y el valor del or- den en todo lo que hacemos. Dando gra- cias antes de partir el pan, nos da una lección de gratitud y un ejemplo que de- bemos imitar cuando vamos a gozar de

los dones que Dios nos proporciona. Em- pleando a sus discípulos para repartir el pan y el pescado, nos muestra su buena voluntad para aprovechar nuestros servi- cios. Ordenando recoger los pedazos, nos da una lección de economía y aprovecha- miento de los dones de Dios. Pero la lec- ción principal es la que se desprende del hecho mismo: el poder de Cristo para sa- tisfacer las necesidades del hombre, las necesidades corporales y las necesidades materiales. El mismo Señor sacó la lec- ción principal de este milagro cuando, predicando más tarde en la sinagoga de Capernaum, habló de sí mismo como el pan de Dios que da vida al mundo. Los que creen en Él, los que se nutren de sus pa- labras y de su Espíritu, tendrán satisfe- chas las necesidades de su alma, mucho más nobles y más imperiosas también que las necesidades corporales.

El Secreto del Cristiano DE UNA VIDA FELIZ

Por HANNA WHITALL SMITH

Un nuevo libro, que viene de la Argentina, recomendado calurosamente por distinguidos pastores evangélicos. La autora habla de la vida cristiana por propia experien- cia y en lenguaje sencillo y prácti- co. Señala el camino que conduce a una vida espiritual victoriosa, fructífera y feliz.

260 páginas. En rústica. 2,50 pesetas.
En tela . . 4,—

Dirigir pedidos a
Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID
Teléfono 17.933



TEXTOS ARTÍSTICOS DE PARED

Con adornos de flores finamente litografiadas y tipo plateado en relieve.

Tamaño: 26 x 20 centímetros.

Altos.

1. Venid a Mi todos los que estáis trabajados y cargados, que Yo os haré descansar. — *Mat., 11, 28.*
2. Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en Mi, aunque esté muerto, vivirá. — *Juan., 11, 25.*

Apaisados.

1. Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tri- bulaciones. — *Sal. 46, 1.*
2. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. — *Gál., 6, 2.*

Cada texto, 1,50 pesetas.

Sociedad de Publicaciones Religiosas. = Flor Alta, 2 y 4. = Madrid.

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA.
CERVANTES, 28, MADRID